

Un clavo saca otro clavo

Giovanna Pollarolo

De esta noche no pasa, esta vez no puedo fracasar, se repitió una vez más Valentín mientras se acercaba a la esquina acordada. Olga estaría esperándolo ya o quizás no, tal vez se habría aburrido de él, cansada de su falta de decisión como Adrián se lo venía advirtiéndolo. La última vez la notó desganada, no quiso entrar al cine y el cine era, por lo menos así fue en un principio, lo que más le gustaba. Ahí Olga se transformaba. En cuanto apagaron las luces ese primer día... Valentín se sonrojó al recordarlo.

Ella le dijo que podrían ir al cine, pero antes no les vendría mal tomarse un trago. Aceptó encantado porque era la primera vez que una mujer le proponía un trago y porque podía dejarse llevar, ella sabía tomar decisiones. No vieron la película. Sorpresivamente, cuando se apagaron las luces, ella le cogió la mano y él pensó que se había equivocado, sólo quería apoyarse y se retiró, discreto como siempre. Tímido y huevón, como le dijo Adrián cuando le contó cada detalle de esa noche. Olga insistió acercándose nuevamente y le dijo algo rozando sus labios mientras cogía su mano y la acomodaba entre sus piernas. La mano de Valentín era torpe, no sabía de la caricia pero Olga ayudaba dirigiéndolo hábilmente, abriendo las piernas, señalando el camino hasta su calzón, besándolo.

Cuando terminó la película, a él le dolían los labios, falta de experiencia, pensó contento, casi satisfecho pero avergonzado, sin saber qué decir. Olga sonreía pero no hizo ningún comentario y como si fuera cosa de todos los días, sacó su espejito para arreglarse el pelo y maquillarse rápidamente. El no se atrevió a decir nada, pensando que quizás se trataba de algo inusual sólo para él. Lo atribuyó a la diferencia generacional, él tenía cuarenta años y ninguna experiencia, ella apenas pasaba los veinte. La acompañó hasta su casa y se despidieron con un besito en la mejilla y nos estamos viendo, dijo ella. Nunca le había pasado algo así, pero había imaginado, por las noches, en la soledad de cualquier cuarto de baño durante sus furtivas y diarias sesiones de masturbación, escenas como las que por fin pudo vivir en el cine. Era suficiente para él. Para Adrián, que lo escuchó atento y le pedía detalles, todo empezaba recién. Valentín no quería, se daba por bien servido con la experiencia, pero él dale que dale con eso de que la chica está caliente, quiere contigo, es tu oportunidad. Valentín, olvidado de su timidez, reclamaba que Olga estaba bien, pero que no era el tipo de mujer que le gustaba. Es un poco fea, sin duda, dijo Adrián, pero se le pueden hacer sus cositas, además ella quiere y tú ya no estás en edad de ponerte exigente.

Era cierto, muy cierto, pero pensaba que no se iba a atrever, que tenía miedo. Además, no sé si ella quiere conmigo. Me ha contado que está enamorada de otro pata, Lorenzo, y él la acaba de dejar.

— Consuélala, pues. Un clavo saca otro clavo.

Valentín no quería aprovecharse, ella había sido muy generosa, pero de ahí a propasarse.

— ¿A propasarse? estás cojudo tú... ¿Vas a dejar pasar a esa hembra sin hacerle nada sólo por esas huevadas morales? Olvídate de eso, ella no es una mocosa. Si se mandó contigo es porque quiere, las mujeres son así.

Valentín dijo que no era un problema moral sino que no quería comprometerse en una relación que podía complicarse y

— No seas maricón, siempre estás buscando pretextos para no hacer lo que debes hacer, por eso estás jodido. Podía ser, pero Olga estaba un poco borracha y eso quizás explicaba lo que había ocurrido.

— La emborrachas otra vez, cortó Adrián.

— Lo que pasa es que no me gusta —casi gritó Valentín. No sé ni siquiera si me gustan las mujeres.

— Te cagas de miedo, maricón... carajo, ni que tirar fuera cosa del otro mundo, francamente no entiendo. Es tan sencillo.

— A mi edad es difícil, sabes que nunca lo he hecho. No pudo reprimir un sollozo, la vieja angustia de su temor aparecía otra vez, la frustración y vergüenza de no haber hecho el amor nunca en su vida volvían a atormentarlo.

— Puro instinto. Tómame un trago y atiende bien, te voy a enseñar la técnica. Es fácil, mira. . .

Y alegremente, ignorando las lágrimas de Valentín, empezó a dibujar un sexo femenino mientras explicaba cómo, por dónde.

Lo del cine se repitió y a Valentín le empezó a gustar. Se sentía cómodo con Olga porque no le veía la cara y comprendió que para ella era un juego agradable. Quizás volvía a sentirse adolescente, quizás disfrutaba más así y no tenía necesidad de

— No seas huevón, dijo Adrián. Te he dicho que la hembrita está caliente, lo que pasa es que tú no te mandas. Tienes que apurarte, compadre, porque si sigues así ella va a pensar que eres un maricón o un viejo impotente y no un cuarentón virgen.

Olga era experta en la sala oscura, sabía besar muy bien y le ofrecía las piernas, sus senos pequeños, la vagina húmeda. Pero cuando terminaba la función, buscaba el espejo y mientras se arreglaba le pedía que le cuente la película. A veces le hablaba de Lorenzo, se quejaba de cómo la había traicionado. Esto no era extraño para Valentín. Siempre había sido el paño de lágrimas de las amigas de sus amigos, la pareja oportuna de las que estaban solas,

el acompañante de las esposas que no daba lugar a murmuraciones ni sospechas.

Una noche Olga no quiso entrar al cine. Dijo que le dolía la cabeza, que mejor otro día.

— ¿Te das cuenta, imbécil? Está clarísimo.

Adrián hizo una interpretación del doble mensaje que encerraban las palabras de Olga y concluyó:

— Ahora o nunca, hermano. Dile para salir mañana y te la traes acá. La hembra se te está aburriendo... toma la llave antes de que me desanime.

Y ahí estaba Valentín con la llave en el bolsillo, cerciorándose cada segundo si continuaba guardada y repitiéndose de esta noche no pasa. Sabía que su vida entera estaba en juego, que si fallaba con Olga ya no tendría ninguna salida. Había limpiado el departamento, hizo la cama, seleccionó discos (boleros hermano, sugirió Adrián) y compró una botella de ron con su coca-cola.

— ¿Y si ella no quiere? ¿Y si le pasa como a mí y tiene miedo?

— No seas imbécil, Olga tiene experiencia. Con ella va a ser fácil.

Valentín miró su reloj, Olga se había atrasado más de la cuenta. Casi, casi sintió alivio. La culpa no sería de él, quizás otro día con más tranquilidad. . .

— Hola, ¿hace mucho que esperas?

Parecía desanimada, aburrida. Como si la perspectiva de salir con él no la entusiasmara en absoluto.

— ¿Qué pasó? —sonriente, asustado—. ¿Mucho trabajo?

— No. Podríamos ir a la función de noche, pero estoy cansada, mejor dejémoslo para otro día. A la otra semana, no sé. . . yo te aviso.

Las cosas no estaban saliendo bien, ella se mostraba indiferente, desganada.

— Te iba a decir para que me acompañaras al departamento de Adrián... para recoger unos discos —mintió incrédulo y asombrado de su propia voz.

- ¿Al departamento de Adrián?... bueno pues, vamos. ¿El está?
- Sí... quiero decir, no... me dio las llaves.
- ¡Ah! qué pena. Me parece un pata bien bacán ¿no?
- ¿Lo conoces acaso?
- De vista no más, porque nunca hemos conversado. Además, como siempre hablas de él.

Olga se acomodó en el sofá mientras Valentín preparaba los tragos y ponía los discos románticos. Apagó la luz, pero Olga la volvió a prender, estaba mirando los cuadros, los afiches. Parecía distraída. Valentín le pidió que se sentara, le cogió la mano esforzándose en continuar porque tenía más ganas de estar solo que sufriendo la tortura de seducir a una mujer. Por fin los labios empezaron a abrirse, rozó la punta de la lengua, tenía urgencia de seguir para acabar de una vez y bajarle el calzón, meterle la mano, apretarse a ella, acabar

- ¡Hola! ¿Interrumpo?

Era Adrián, sonriente, fingiendo asombro. Cruzó una mirada maliciosa con Valentín y saludó a Olga como si la conociera de toda la vida.

- Tuve un problema y... ¿Puedo, no? Mientras se servía ron.

- ¡Claro! dijo Olga con un entusiasmo repentino, con una sonrisa que Valentín no conocía.

Empezaron a hablar de muchas cosas, de amigos comunes, de lo bonito que es tu "depa", de ese libro que me interesa y lo he buscado horrores. El ron se acabó mientras Olga y Adrián, cancionero en mano, cantaban "Noche de ronda".

- Hay que comprar más, dijo Adrián. La noche recién empieza.

Hizo el ademán de levantarse, Valentín pensó que ahora se explicaba la llegada de Adrián, había venido a ayudar, a darle el último empujón temeroso sin duda de su indecisión y cobardía. Ahora que Olga parecía desinhibida y un poco borracha, le dejaba el sitio libre.

— ¿Vas a ir, tú? No me parece justo, todos estamos tomando y Valentín es el que más se ha servido, qué tal raza. Mejor hagamos un sorteo.

Olga estaba eufórica, irreconocible.

— Yo voy, dijo Valentín.

Al regresar con la botella, no le sorprendió encontrar la sala vacía. Vio los zapatos de Olga tirados en el suelo, su cartera abierta y más allá el espejito de siempre. Se sirvió un ron puro, puso un disco al azar (repitió "Noche de ronda" sin darse cuenta) y se acomodó en el sillón. La música romántica resultaba excelente para el amor, Adrián lo había dicho varias veces.



Victor Ch. Vargas



Andrés Longhi